

EL NEOPLATONISMO – ÚLTIMO SISTEMA FILOSÓFICO GRIEGO

La metafísica estuvo ausente de la filosofía griega desde Aristóteles hasta que reaparece como el último sistema filosófico del mundo helénico: el *platonismo*, cuyo fundador fue Plotino (204-270), cuya obra fue recopilada por su discípulo Porfirio. La obra de Plotino influirá enormemente en el pensamiento cristiano posterior, hasta que en el siglo XIII fue superada por la aparición de los escritos de Aristóteles en Occidente.

El neoplatonismo es panteísta y no distingue entre Dios y el mundo. El mundo procede del Uno y no por creación (idea desconocida para los griegos) sino por emanación. Plotino es el primer griego que, influido por la doctrina cristiana, piensa el mundo como algo *producido* y no *fabricado* u *ordenado*.

El neoplatonismo fue cultivado hasta el final del mundo antiguo en el siglo VI. Influyó en el pensamiento de los Padres de la Iglesia (Patrística) y más tarde en los primeros siglos de la Escolástica medieval.

«Con el neoplatonismo termina la filosofía griega. Después viene una etapa filosófica, en que va a ser la mente cristiana la que se enfrentará con el problema metafísico. Ha sido la primera que ha existido, y esto es esencial, porque la filosofía ha recibido de manos de los griegos su carácter y sus modos fundamentales.

Toda la filosofía posterior transcurre por los cauces que abrió la mente griega. La huella de la filosofía helénica es, pues, como el griego quiso, *para siempre*, εις αει - eis aei. Los modos de pensar de la mente occidental dependen en lo esencial de Grecia. Hasta el punto de que cuando ha sido menester pensar otro tipo de objetos y aun de realidades que los que fueron tema para Grecia, se ha luchado con la dificultad de liberar de los moldes helénicos de nuestra mentalidad.

La división más profunda de la historia de la filosofía la marca el cristianismo; las dos grandes etapas del pensamiento occidental están separada por él. Pero sería un error creer que el cristianismo es una filosofía; es una religión, cosa muy distinta: ni siquiera se puede hablar con rigor de filosofía cristiana, si el adjetivo cristiana ha de definir el carácter de la filosofía; únicamente podemos llamar filosofía cristiana a la *filosofía de los cristianos en cuanto tales*, es decir, la que está determinada por la situación cristiana de que el filósofo parte.» [Julián Marías: *Historia de la filosofía*. Madrid: Revista de Occidente, 1965, p. 99 y 103]

LA PATRÍSTICA

La patrística es el estudio del cristianismo de los primeros siglos y de sus primeros autores conocidos como Padres de la Iglesia. Es la fase en la historia de la teología cristiana que abarca desde el fin del cristianismo primitivo, con la consolidación del canon neotestamentario, hasta alrededor del siglo VIII. Se considera que el periodo corre desde la parte final del Nuevo Testamento, específicamente desde los *Hechos de los Apóstoles* (año 100 d.C.) hasta 451 (Concilio de Calcedonia), o hasta el Segundo Concilio de Nicea, del siglo VIII.

La patrística se caracterizó por ser el periodo en que se gestó el contenido doctrinal de las creencias religiosas cristianas, así como su defensa apologética contra los ataques de las religiones paganas primero, y sucesivamente de las interpretaciones que dieron lugar a las herejías, después.

La religión cristiana encontró en la filosofía griega los argumentos para justificar su doctrina, pues la religión cristiana era para los Padres de la Iglesia la expresión cumplida y definitiva de las verdades que la filosofía griega había logrado encontrar de manera imperfecta y parcial.

La influencia apologética se debió entre otras cosas al ataque hostil, y por entender los datos de la revelación, el de formarse una imagen totalizadora del mundo y de la vida humana a la luz de la fe. El progreso de lo implícito a lo explícito fue un progreso en la ciencia teológica; en el proceso de argumentación y definición se emplearon conceptos y categorías tomados de la filosofía. La filosofía griega imperante era el platonismo, neoplatonismo (con toque estoico).

Los escritores cristianos no hicieron distinción entre filosofía y teología, mostraron una divergencia de actitud ante la filosofía clásica: como enemiga o como utilidad. Algunos de los principales representantes de esta etapa fueron Mario Victorino, Boecio, Isidoro de Sevilla, San Agustín de Hipona y Juan Escoto Erígena.

El propósito de los pensadores cristianos de estos siglos no era ni intelectual ni teórico; no intentaron hacer filosofía directamente, sino que se vieron compelidos a ello por la polémica que originaban las herejías y la reacción del paganismo a la doctrina cristiana. Las herejías obligaban a los pensadores cristianos a una precisión conceptual mayor para poder discutirlos y rebatirlos, y así convencer a los nuevos adeptos de la verdad cristiana. La dogmática cristiana se va haciendo al hilo de esta confrontación con los numerosos movimientos heréticos. Los pensadores cristianos tienen que defenderse de los ataques del paganismo y, para ello, no tienen más remedio que echar mano de los conceptos filosóficos griegos, los únicos que están en ese momento a su alcance. Poco a poco, muchas de sus figuras de primera que habían mostrado hostilidad total a la razón griega, acaban por incorporarse la filosofía griega para servirse de ella y para defenderse de

los ataques paganos. Así surge la especulación patrística, cuyo objetivo no es filosófico. Hay que tener en cuenta que estos pensadores cristianos tenían un conocimiento parcial de la filosofía griega, de la que toman los elementos que van necesitando en cada caso. Conocen a Platón de un modo poco preciso a través de los neoplatónicos Plotino y Porfirio y se esfuerzan en descubrir analogías con la doctrina cristiana. De Aristóteles no saben mucho. En los filósofos latinos Séneca y Cicerón, entre otros, encuentran ideas procedentes de la filosofía griega.

LOS GNÓSTICOS

El principal de los movimientos heréticos de los primeros siglos del cristianismo es el gnosticismo (del griego: γνωστικός *gnōstikós*, 'relativo al conocimiento'), conjunto de antiguas ideas y sistemas religiosos que se originó en el siglo I entre sectas judías y cristianas antiguas. El gnosticismo tiene relación con la filosofía griega de la última época, en especial con el neoplatonismo y con el pensamiento del judío helenizado Filón de Alejandría o Filón el judío (20 a.C.-45 d.C.), que interpretaba alegóricamente la Biblia.

Estos varios grupos ponían el conocimiento espiritual (*gnosis*) por encima de las enseñanzas y tradiciones ortodoxas y la autoridad de la Iglesia. Veían la existencia material como defectuosa y malévolas, la cosmogonía gnóstica generalmente presenta una distinción entre un Dios supremo y oculto, y una deidad menor y malévolas (en ocasiones asociada con Yahveh (Jehová) en el Antiguo Testamento), que es responsable de crear el universo material. El principal elemento de salvación era el conocimiento directo de la divinidad suprema en la forma de intuiciones místicas o esotéricas. Muchos textos gnósticos discuten no los conceptos de pecado y arrepentimiento, sino los de ilusión e iluminación.

Puede hablarse de un gnosticismo pagano y de un gnosticismo cristiano, según el cual los iniciados no se salvan por la fe en el perdón gracias al inmolación de Cristo, sino que se salvan mediante la gnosis, o conocimiento introspectivo de lo divino, que es un conocimiento superior a la fe. Ni la sola fe ni la muerte de Cristo bastan para salvarse. El ser humano es autónomo para salvarse a sí mismo. El gnosticismo es una creencia dualista: el bien frente al mal, el espíritu frente a la materia, el ser supremo frente al Demiurgo, el espíritu frente al cuerpo y el alma.

El ser divino produce por emanación una serie de *eones* (del latín tardío *aeon*, y este del griego αἰών *aíōn*): cada una de las inteligencias eternas o entidades divinas de uno u otro sexo, emanadas de la divinidad suprema. La perfección de estos *eones* va decreciendo y el mundo es una etapa intermedia entre lo divino y lo material. Las ideas cristianas de la creación del mundo, de la redención del hombre, adquieren un carácter natural como simples momentos de la gran lucha entre los elementos del dualismo fundamental: lo divino y la materia. La *restitución* significa la vuelta de todas las cosas a su origen. El gnosticismo llegó a constituir una Iglesia

heterodoxa al margen. Su importancia fue muy grande y perduró hasta el Concilio de Nicea (325).

LOS PADRES GRIEGOS

Una serie de Padres de la Iglesia, de formación y lengua griega, combatieron de un modo especialmente inteligente el gnosticismo, desde San Ireneo (siglo II) hasta fines del siglo IV. San Ireneo, uno de los primeros fundadores de la dogmática en Oriente, opone la fe cristiana (*pistis* – πίστις) a la *gnosis* (γνώσις): Conocimiento absoluto e intuitivo, especialmente de la divinidad, que pretendían alcanzar los gnósticos.

Ireneo de Lyon, conocido como san Ireneo (140-202), fue obispo de la ciudad de Lyon desde 189. Considerado como el más importante adversario del gnosticismo del siglo II. Recientemente, el Papa Francisco lo declaró Doctor de la Iglesia, con el título de "Doctor unitatis" ("Doctor de la unidad").

Su obra principal es *Contra las herejías*, en cinco tomos. Explicó que no existe un Pléroma sobre el Dios Creador. La Regla de la Verdad se resume en lo siguiente: hay un solo Dios Soberano universal que creó todas las cosas por medio de su Verbo, que ha organizado y hecho de la nada todas las cosas para que existan. El Dios del Antiguo Testamento es el mismo y único Dios del Nuevo Testamento, al contrario de lo que afirmó Marción.

Clemente de Alejandría (150-217) fue el primer miembro de la Iglesia de Alejandría en recibir notoriedad, además de ser uno de los más destacados maestros de dicha ciudad. La amplia cultura pagana de Clemente no fue borrada por su encuentro con el cristianismo. Los filósofos gentiles, Platón en especial, se hallaban según él en el camino recto para encontrar a Dios; aunque la plenitud del conocimiento y por tanto de la salvación la ha traído el Logos, Jesucristo. Este es el tema del primero de sus escritos, el *Protréptico* o «exhortación», una invitación a la conversión.

Escribió también unos *Stromata*, o 'tapices', donde va tratando temas variados con los que Clemente quiere crear inquietudes religiosas en el gentil. Es un libro ecléctico lleno de ideas filosóficas griegas. Valora enormemente la razón y la filosofía y busca una comprensión como verdadera gnosis, aunque cristiana; una gnosis subordinada a la fe revelada, criterio supremo de verdad. Para Clemente la filosofía es una etapa previa para llegar al saber teológico, más alto que ningún otro saber.

Discípulo de Clemente de Alejandría fue Orígenes de Alejandría (184-253), un escritor prolífico que escribió aproximadamente 2000 tratados sobre múltiples ramas de la teología, incluyendo crítica textual, exégesis bíblica y hermenéutica bíblica, homilética y espiritualidad. Fue una de las figuras más influyentes en la teología, la apologética y el ascetismo cristianos primitivos.

Orígenes está lleno de influencias griegas, más aún que su maestro. Recoge todo el mundo de ideas que fermentaban en el siglo III en Alejandría. Sus

fuentes son Aristóteles, Platón, los estoicos (transmitidos sobre todo por Filón) y los neoplatónicos.

Su tratado *Sobre los primeros principios* (griego: Περὶ ἀρχῶν *Perì archōn*; latín: *De principiis*) expone sistemáticamente los principios de la teología cristiana. *Contra Celsum* fue la obra más influyente de la apologética cristiana primitiva, en la que defendió el cristianismo contra el filósofo pagano Celso, uno de sus principales primeros críticos.

Orígenes enseñó que, antes de la creación del universo material, Dios había creado las almas de todos los seres inteligentes. Estas almas, al principio totalmente dedicadas a Dios, se apartaron de él y recibieron cuerpos físicos. Orígenes fue el primero en proponer la teoría de la expiación y contribuyó significativamente al desarrollo del concepto de la Trinidad. Defendió el libre albedrío y abogó por el pacifismo cristiano.

Especial significación tiene en Orígenes la doctrina de la *creación*, decisiva para toda la filosofía posterior (horizonte de la creación). Orígenes se opone netamente a la idea de creación por emanación o generación, con ello separa claramente el pensamiento cristiano del griego. Para Orígenes la creación es una producción del mundo *de la nada*, por un acto de libre voluntad de Dios.

En 543, el emperador Justiniano I condenó a Orígenes como hereje y ordenó que se quemaran todos sus escritos. El Segundo Concilio de Constantinopla de 553 puede haber anatematizado a Orígenes, o puede haber condenado solo ciertas enseñanzas heréticas que afirmaban derivar de Orígenes. Sus enseñanzas sobre la preexistencia de las almas fueron rechazadas por la Iglesia. Las doctrinas de Orígenes no estuvieron libres de la heterodoxia, que amenazaba siempre en aquellos primeros siglos de insuficiente precisión dogmática, en que la Iglesia aún no estaba en posesión un cuerpo doctrinal maduro, que solo comenzaría a existir a partir de la teología de San Agustín.

Las enseñanzas de Orígenes fueron especialmente influyentes en el Oriente. Fueron sus seguidores Atanasio de Alejandría y los tres Padres Capadocios. Los Padres capadocios (o filósofos capadocios, o simplemente los capadocios) fueron tres santos venerados tanto por el catolicismo como por la iglesia ortodoxa, además de las iglesias protestantes históricas, luterana, anglicana, y metodista: Basilio el Grande (330-379), obispo de Cesarea, Gregorio de Nisa (332-395), obispo de la diócesis asociada desde entonces con su nombre, y Gregorio Nacianceno (329-389), que sería patriarca de Constantinopla.

Estos tres eruditos, formados en estudios clásicos de filosofía griega, se esforzaron en elevar el nivel de la teología cristiana, de manera que pudiera debatirse en pie de igualdad con la filosofía pagana. Contribuyeron a la definición de la Trinidad a la que se llegó en el I Concilio de Constantinopla de 381 y a la versión final del credo niceno que se formuló allí. Los Padres

Capadocios acuñaron el término "persona" para indicar que en la Trinidad hay "tres personas distintas y un solo dios verdadero".

SAN AGUSTÍN (354-430)

En el siglo IV, la Patrística alcanza su madurez. Es el momento en el que las herejías han alcanzado su mayor madurez: arrianismo, nestorianismo, pelagianismo y el gran movimiento maniqueo. Pero también es el momento en el que el pensamiento cristiano adquiere profundidad, claridad y estabilidad, y con ello vigencia social en el Imperio romano. El mundo antiguo entra en su última etapa, los bárbaros amenazan las fronteras del Imperio e irrumpen finalmente en el siglo V. El paganismo ha dejado, prácticamente, de existir. La cultura romana es solo un comentario de la filosofía griega a la que es incapaz de renovar. En este momento, crucial para la cristiandad, aparece la figura de Agustín de Hipona, que representa la plenitud de la Patrística. San Agustín resume el mundo antiguo, al que todavía pertenece, y es arranque de la época moderna. Agustín de Hipona representa el paso de un mundo a otro, el fin del mundo latino. Se ha dicho que Agustín es el último hombre antiguo y el primer hombre moderno, que ha determinado una de las dos direcciones del cristianismo, la de la interioridad. La otra queda en manos de los teólogos griegos.

Agustín de Hipona o Aurelio Agustín de Hipona (Aurelius Augustinus Hipponensis), conocido también como san Agustín, fue un escritor, teólogo y filósofo cristiano. Tuvo dos influencias familiares bien distintas: su padre, magistrado pagano, hombre violento e iracundo y de encendida sensualidad; su madre, Mónica, canonizada por la Iglesia, fue un dechado de virtud y hondo espíritu cristiano. Agustín profesaba una gran pasión por su madre y tuvo que debatirse entre los dos impulsos contrarios de su doble herencia familiar.

Educado como cristiano por su madre, vagando después por escuelas, filosofías y oratorias, maniqueo algún tiempo en busca de una explicación del mal, hasta convertirse al fin en cristiano a través del neoplatónico obispo de Milán Ambrosio (340-397), vuelve a su tierra.

Después de su conversión, fue obispo de Hipona, al norte de África y dirigió una serie de luchas contra las herejías de los maniqueos, los donatistas y el pelagianismo. Fue el máximo pensador del cristianismo del primer milenio. Autor prolífico, dedicó gran parte de su vida a escribir sobre filosofía y teología, siendo *Confesiones* y *La ciudad de Dios* sus obras más destacadas. Al confesar ante Dios sus extravíos, habla también por todos: el hombre es un ser caído con un tirón hacia el mal. *De civitate Dei*, la ciudad de Dios, es la primera filosofía de la historia y su influjo perdurará hasta Bossuet y Hegel. La idea central de Agustín es que la historia entera es una lucha entre dos reinos: el de Dios y el del Mundo, entre la *civitas Dei* y la *civitas terrena*. Toda potestad viene de Dios y, por tanto, los valores religiosos no son ajenos al Estado.

San Agustín recoge una serie de doctrinas helénicas: neoplatonismo de Plotino y Porfirio; conoce muy poco a Platón y Aristóteles, más bien por vía indirecta. Conoce mucho más a los estoicos, epicúreos, académicos y, sobre todo, a Cicerón. Agustín adapta las aportaciones de los griegos a las necesidades de la dogmática cristiana.

Hay dos temas en la filosofía de San Agustín: Dios y el alma. Como el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre es la imagen de Dios y encuentra a Dios, como en un espejo, en la intimidad de su alma. Cuando el hombre entra en sí mismo, descubre a la Divinidad. Pero solo mediante una iluminación *sobrenatural* puede el hombre conocer a Dios de un modo directo.

Dios ha creado el mundo de la nada, no de su propio ser, y lo ha creado libremente. Agustín recoge la teoría platónica de las *Ideas*, pero estas, para Agustín, están alojadas en la mente divina como modelos ejemplares según los cuales Dios ha creado las cosas por una decisión de su voluntad.

El alma es espiritual. Lo espiritual se caracteriza por la facultad de *entrar en sí mismo*. El espíritu tiene un *dentro* en el que se puede recluir, y en esto se diferencia de toda otra realidad. En cuanto al origen del alma, Agustín, lo mismo que la Patrística y la primera parte de la Edad Media, duda entre el generacionismo o traducionismo y el creacionismo, aunque se inclina hacia el generacionismo.

San Agustín busca la verdad no para satisfacción intelectual, sino para colmar su corazón y conseguir la felicidad. La búsqueda de la verdad en San Agustín no es solo contemplativa, sino también activa; no implica solo conocimiento, sino fe y amor. La verdad debe conocerse para conseguir la completa tranquilidad y el reposo que el alma necesita: *Fecisti nos ad te, domine, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te* – “Señor, tú nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (*Confesiones*, 1,1). La búsqueda de la verdad es un camino espiritual.

La inquietud que anima a San Agustín, a diferencia de la de Descartes, es última y radical. En Descartes, después de la duda, las cosas volverán a quedar en su lugar: la duda es principio metódico. En San Agustín la filosofía entera es un magno problema como existencia filosófica. El *vivere* es un *quaerere veritatem*; de ahí que lo único de confiere carácter fundamental a la existencia es la verdad, y por eso la verdad solo puede ser hallada en la entrada en sí mismo.

«El yo cartesiano carece de intimidad. Por eso en la duda cartesiana no pasa nada, no le afecta al sujeto.» [Xavier Zubiri: *Cursos universitarios* II, p. 409]

Según Agustín la actitud escéptica tiene que darse cuenta de que, aunque todos los enunciados puedan ser falsos, lo cierto es el que los formule: *si fallor, sum*. Las verdades eternas se hallan en el alma, pero el origen de estas verdades es la Verdad suprema: *Noli foras ire, in teipsum redi; in*

interiore homine habitat veritas; et si tuam naturam mutabilem inveneris, transcendere et teipsum. A diferencia de los "espiritistas", según Agustín no puede conocerse sin la razón y, a diferencia de los racionalistas, no puede conocerse sin la fe. Pero la fe agustiniana no es el "credo, quia absurdum", sino un "credo ut intelligam". Pero la fe está ligada no solo a la razón, sino, sobre todo, a la caridad, al amor. Para Agustín lo decisivo no está en creer lo que la persona dice, sino en algo más radical: creer en la persona misma. Fe es *credere in Deum*, creer en Dios, y no solo *credere Deo*, creer a Dios. *Credere in Deum est credendo amare, credendo diligere* (creer en Dios es amar creyendo).

«Una primera especulación sobre el ser es la agustiniana. Desde el punto de vista del hombre cristiano, todas las cosas son creadas, pero su momento de ser creadas no es una nota real constitutiva de ellas. Entre las notas reales no está como propiedad el ser creado. Si el hombre no existiera más que como ente creado sin más prerrogativas ontológicas, no podría adivinar lo que las cosas son en cuanto creadas. El hombre, además de ser cosa creada, tiene algo que le distingue del resto. No solo es ente creado que existe en sí, sino que puede entrar en sí mismo. En esa entrada se sabe a sí mismo como lo que es: viador entre el mundo y la Divinidad. No está solo el hombre a la cabeza de la creación, sino su estar es vivir de la creación a Dios pasando por sí mismo. Al saberse a sí mismo como creado es viador entre la creación y Dios. [...]

La entrada en sí mismo es una vuelta que es recuerdo. Al entrar descubre el mundo. Este es el ser verdadero de las cosas: el ser creado. El otro es relativo, fundado en el olvido de sí mismo. Si el hombre existiera en el universo sin más prerrogativas ontológicas que las demás cosas, podría especular, pero no podría averiguar nunca lo que las cosas son en cuanto creadas. Esto, dice San Agustín, es colocarse en el mundo como si el hombre fuera una cosa más como las demás. Pero el hombre, además de ser *res creata*, tiene algo que le confiera un rango preponderante en el universo y le separa de él. No solo es un ente creado, sino que además puede entrar en sí mismo, y se sabe entonces como un mediador entre el hombre y la Divinidad. No es el hombre una cosa que *está* a la cabeza de la creación, sino que ese su estar es un *vivir*, un pasar constante del mundo a la Divinidad. Al ser que realiza esta entrada en sí mismo llama San Agustín *espíritu*. [...] La entrada en sí mismo es una vuelta, un recuerdo.» [Zubiri, Xavier: *Cursos universitarios. Volumen 2*. Madrid: Alianza Editorial, 2010, p. 143 ss.]

«No es un azar que Descartes haya echado mano de San Agustín. Hay un momento primario que los une. Descartes vuelve a entrar en sí mismo para encontrarse consigo mismo. San Agustín no está solo en sí mismo, sino con Dios. San Agustín, en esta vuelta, encuentra a la Divinidad, Descartes, el yo. San Agustín es el gran teorizante del poder omnímodo de la Divinidad y de la nulidad de la existencia humana. Para Descartes no es esa nulidad sin más evidente. Descartes quiere el encontrarse en sí mismo, pero no

para huir a la Divinidad, sino justamente para *encontrarse*. Empieza en él la filosofía a filosofar sobre el espíritu.» [Zubiri, Xavier: *Cursos universitarios. Volumen I (1931-1935)*. Madrid: Alianza Editorial, 2007, p. 364]

Esta entrada en sí mismo es desde San Agustín la definición esencial misma del espíritu. El hombre está colocado en una posición intermedia entre el mundo (la creación) y Dios (el ser increado), con la misión de entrar en sí mismo y así aproximarse a la Divinidad para conocer lo que las cosas son en su última raíz, es decir, como creadas. El hombre entra en sí mismo (esto es un recordar) y al descubrirse a sí mismo como creado, surge el horizonte desde el que le aparece el mundo tal como es, como creado, como manifestación de Dios. Al entrar en sí mismo, descubre a un tiempo al mundo, al espíritu y a Dios. Los tres son coetáneos a la entrada en sí mismo.

Par San Agustín el encontrarse el hombre dentro de la Divinidad es un modo radical de existir en Ella, y esto es la *fides*. La colocación primordial ante la Divinidad es *fides*.

Para San Agustín todo ente ser reduce a su idea, y la idea se halla incluida en la mente divina. Todo ente participa de esa idea. Santo Tomás, en cambio, entiende que las cosas participan efectivamente de la idea. Pero que esa participación es creadora, produce la cosa participada y esta cosa participada es una cosa, una y distinta de la idea creadora y que por eso podemos preguntar qué son las cosas.

“Para ello Santo Tomás comienza por afirmar que, frente al ente divino, la creación tiene una entidad propia, auténtica, que no puede disolverse, como hace San Agustín, en la misma Divinidad creadora” (X. Zubiri).

Toda la dogmática cristiana, disciplinas enteras como la filosofía del espíritu y la filosofía de la historia, ostentan la marca inconfundible que les imprimió Agustín de Hipona. El espíritu cristiano y el de la modernidad están influidos decisivamente por él. La Reforma y la Contrarreforma han recurrido de un modo especial a las fuentes agustinianas.

FINAL DEL MUNDO ANTIGUO (430) Y ÉPOC DE TRANSICIÓN

La caída del Imperio romano de Occidente fue el período de declive del Imperio romano de Occidente en que perdió la autoridad de ejercer su dominio y su vasto territorio fue dividido en numerosas entidades políticas sucesoras.

Tradicionalmente, de acuerdo con el criterio del historiador del siglo XVIII Edward Gibbon, se vincula este hecho con el año 476 d.C., coincidiendo con la deposición del último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo, a manos de Odoacro, aunque fue el resultado de un largo proceso que tuvo otros muchos hitos significativos.

El Imperio romano no era solo una unidad política mantenido por la violencia. También proporcionó el progreso de la civilización en la cuenca

del Mediterráneo y más allá. Impulsaba la producción, el comercio, y la arquitectura, la alfabetización secular generalizada, la ley escrita, y una lengua internacional de la ciencia y la literatura. Los bárbaros occidentales, romanos por *el ius soli*, continuaron el legado romano bajo nuevas formas, influenciados desde Constantinopla.

Al observar las continuidades culturales y arqueológicas a través del período, más allá del control político-militar perdido, el proceso ha sido revaluado como una transformación cultural compleja, más que una caída meramente política.

El mundo antiguo termina en el siglo V. Para la filosofía se puede considerar como fecha terminal la muerte de San Agustín en el 430. La Edad Media se considera acabada en el siglo XV: el año 1453, en que el Imperio bizantino cae en poder de los turcos.

Son diez siglos de historia en los que hay grandes variaciones y diferencias, de modo que no se puede tomar como *una* época. Entre los siglos V y IX hay una laguna de cuatro siglos en la que no hay filosofía.

«El mundo se altera esencialmente con la caída del Imperio romano. A la gran unidad política de la antigüedad sucede el fraccionamiento; las oleadas de pueblos bárbaros se precipitan sobre Europa y la cubre casi totalmente; se constituyen reinos bárbaros en las distintas regiones del Imperio, y la cultura clásica queda sumergida.

No se suele reparar bastante en una importante consecuencia de las invasiones germánicas: el aislamiento. A la comunidad de los distintos pueblos del Imperio se opone la separación de los Estados bárbaros. Visigodos, suevos, ostrogodos, francos forman diversas comunidades políticas inconexas, que tardarán mucho en adquirir vínculos comunes, y esto será entonces –mientras se cree en la vuelta al Imperio de Occidente– la formación de algo nuevo, que se llamará Europa.

Los elementos de la cultura antigua quedan, pues, casi perdidos y, sobre todo, *dispersos*. No se destruye tanto como suele creerse; la prueba es que luego va apareciendo poco a poco. Pero es muy escaso lo que queda *en cada lugar*. Y surge entonces un problema: salvar lo que se encuentra, conservar los restos de la cultura en naufragio.

Esta es la misión de los intelectuales de esos cuatro siglos; su labor no es ni puede ser creadora, sino simplemente recopiladora.

En todos los países europeos, unos hombres, paralelamente, van a recoger con cuidado lo que se sabe de la antigüedad, y va a reunirlo en libro de tipo enciclopédico, nada originales, puros repertorios del saber greco-latino.

Estos hombres salvarán la continuidad de la historia occidental y llenarán con la labor paciente el hueco de esos siglos de fermentación histórica, para que pueda surgir más tarde la nueva comunidad europea.» [Julián Marías: *Historia de la filosofía*. Madrid: Revista de Occidente, 1965, p. 123-124]

SAN ISIDORO DE SEVILLA (570-646)

Isidoro de Sevilla (Isidorus Hispalensis) es una figura capital de este tiempo. Fue el primero de los grandes compiladores medievales. Nació en Cartagena y fue un eclesiástico erudito de la época visigoda. Fue arzobispo de Sevilla durante más de tres décadas (599-636). Es venerado como santo por la Iglesia católica y contado entre los Padres de la Iglesia. Pertenece a una familia hispanorromana de elevado rango social.

La maestría de San Isidoro en griego y hebreo le dio reputación de ser un estudiante capaz y entusiasta. En una época de desintegración de la cultura clásica, de violencia e ignorancia entre las clases dominantes, Isidoro impulsó la asimilación de los visigodos, que ya llevaban dos siglos en Hispania, a fin de conseguir un mayor bienestar, tanto político como espiritual, del reino.

Ayudó a su hermano en la conversión de la casa real visigoda (arrianos) al catolicismo e impulsó el proceso de conversión de los visigodos tras la muerte de su hermano. Presidió el segundo sínodo provincial de la Bética en Sevilla (619) al que asistieron no solo preladados peninsulares sino también de la Narbonense, que formaba parte del reino visigodo de Toledo, y Galia. En las actas del concilio se establece totalmente la naturaleza de Cristo, de acuerdo con los concilios ecuménicos de Nicea del año 325 y de Constantinopla del año 381 y posteriores, rebatiendo las concepciones arrianas.

Presidió el IV Concilio de Toledo (633), que requirió que todos los obispos estableciesen seminarios y escuelas catedralicias. Fue prescrito el estudio del griego y el hebreo, y se alentó el interés por el estudio del Derecho y la Medicina. También marcó la unificación litúrgica de la España visigoda, el rito hispano, mozárabe o isidoriano, utilizado en toda la España cristiana hasta la progresiva imposición del rito romano en el siglo xi, e impulsó la formación cultural del clero.

El concilio fue probablemente un reflejo de las ideas de Isidoro. Pero el concilio no solo produjo conclusiones de carácter religioso o eclesiástico, sino también político. El lugar ocupado por el rey y la deferencia a él debida en el concilio es también destacable: la Iglesia es libre e independiente, pero ligada mediante una solemne lealtad al rey. Para muchos autores fue uno de los primeros pensadores en formular la teoría del origen divino del poder regio: "Dios concedió la preeminencia a los príncipes para el gobierno de los pueblos".

Su obra más conocida son las *Etimologías* (634), monumental enciclopedia que refleja la evolución del conocimiento desde la antigüedad pagana y cristiana hasta el siglo VII. Este texto, también llamado *Orígenes* y dividido en veinte libros, con 448 capítulos, constituye una enorme obra enciclopédica en la que se recogen y sistematizan todos los ámbitos del

saber de la época (teología, historia, literatura, arte, derecho, gramática, cosmología, ciencias naturales...).

Las *Sentencias* de San Isidoro es posiblemente su trabajo más leído durante la Edad Media ya que se hicieron numerosas copias antes de la invención de la imprenta. La publicación parece creada en un primer momento para la formación del clero. Fue elaborada entre los años 612 y 615 en apogeo de su capacidad intelectual y pastoral.

La aportación de esta gran personalidad de la España visigoda al fondo común del saber medieval es de las más considerables de su época.

LAS FILOSOFÍAS ORIENTALES

Paralelamente al desarrollo de la filosofía en Occidente, comienza un movimiento semejante en los pueblos orientales entre árabes y judíos. No se trata de una filosofía original ni autónoma y su impulso procede de los griegos: Aristóteles y los neoplatónicos. El cristianismo influye decisivamente en el pensamiento musulmán y judío. Los dogmas musulmanes se formulan en forma de polémica con los dogmas cristianos. Por otra parte, la filosofía árabe y judía influirá fuertemente en los escolásticos cristianos.

La filosofía oriental alcanza su madurez ya en el siglo XII, cosa que Europa conseguirá en la centuria siguiente. Los orientales conocieron a Aristóteles antes que los occidentales. Los orientales jugaron un gran papel en la transmisión del pensamiento aristotélico a Occidente. Son, sobre todo, los pensadores árabes españoles los que transmiten a los países occidentales los textos de Aristóteles. Esta aportación llevará a la Escolástica a su plenitud en el siglo XIII. "Tanto desde el punto de vista transmisor como desde el de la actividad filosófica, corresponde a la España árabe el primer puesto en la Edad Media" (Julián Marías).

ARISTÓTELES EN EL MUNDO ÁRABE

La cultura antigua se mantuvo en vigor en el Oriente, tanto en Siria como en Persia, durante los primeros siglos de nuestra era. Las escuelas de Antioquia, Nisibis y Edesa se convirtieron en los principales centros de enseñanza, donde las obras de Aristóteles, en especial las lógicas, constituyeron la base de todo conocimiento racional.

Aristóteles llegó a los árabes a través de los sirios. Entre los siglos V y X ciertos eruditos cristianos (escuela nestoriana de Edesa, Teodoro de Mopsuestia y Teodoro de Cirio, y la escuela monofisita de Resaina y Calcis) habían traducido al sirio algunas obras aristotélicas, particularmente el *Organon*, junto con la *Introducción (Isagoge)* de Porfirio, y los escritos del Pseudo-Dionisio, acompañándolas con comentarios propios.

Cuando los árabes conquistaron Siria, Persia y el norte de Egipto, se consideraron herederos de la tradición cultural a la que se integraron y comenzaron a asimilar la cultura clásica.

Los árabes conocen el pensamiento griego bajo el imperio de los Abasíes en el siglo VII, por medio de los sirios. El Califato abasí o abasida (750-1259) fue una dinastía califal fundada en 750 por Abu l-Abbás, descendiente de Abbás, tío de Mahoma, que se hizo con el poder tras eliminar a la dinastía omeya y trasladó la capital de Damasco a Bagdad. Esta ciudad se convirtió en uno de los principales centros de la civilización mundial durante el califato de Harún al-Rashid. La especulación árabe comienza alrededor del centro intelectual de Bagdad.

Los Abasidas invitaron a los letrados sirios a la corte de Bagdad y les encargaron traducir las obras de los griegos al árabe, parte del sirio, parte directamente del griego. El califa El-Mamoun erigió en Bagdad en 832 una auténtica escuela de traductores. Por esa vía llegaron a los árabes las obras de Aristóteles, así como otra serie de escritos sirios. Conocieron así a Teofrasto, Galeno, Hipócrates, Euclides, Arquímedes, y diversos comentarios a Aristóteles. Son neoplatónicos en su mayoría los que interpretan y sirven a los árabes la obra de Aristóteles. Así, la filosofía árabe fue el canal por el cual irrumpió el renovado neoplatonismo en la Edad Media, después de que ya lo había recibido en herencia la Patrística.

Pero los árabes transmiten un Aristóteles desfigurado por los comentaristas neoplatónicos, lo que lleva a lo que se ha llamado el *sincretismo árabe*. Esta amalgama de ideas aristotélicas y neoplatónicas inunda todo el pensamiento filosófico árabe.

La filosofía árabe es también una *escolástica musulmana*: la interpretación racional del Corán. Lo mismo ocurre con la filosofía judía. Así en torno a los tres monoteísmos se van formando tres escolásticas: musulmana, judía y cristiana.

Los textos aristotélicos se traducen del griego al siríaco, del siríaco al árabe, y a veces se intenta el hebreo. Las traducciones no siempre son fieles al original. Estas traducciones árabes se vierten luego al latín y llegan al conocimiento de los filósofos escolásticos. Los árabes son también los grandes comentaristas de Aristóteles en la Edad Media, sobre todo Averroes.

Aristóteles tuvo gran importancia en la tradición siria por ser el fundador de la lógica, tan útil para la defensa de los dogmas religiosos y para la apologética. La filosofía servía también a la religión musulmana para interpretar o comentar el Corán.

Avicena (980-1037)

Ibn Sina, latinizado como Avicena, fue un pensador con grandes conocimientos en diversas materias científicas o humanísticas: médico, filósofo, astrónomo y científico persa perteneciente a la Edad de Oro del

Islam. Escribió cerca de trescientos libros sobre diferentes temas, predominantemente de filosofía y medicina. Es uno de los más grandes médicos de todos los tiempos y un importante precursor de la medicina moderna.

Avicena creó un extenso corpus de literatura durante el período conocido como la Edad de Oro del Islam, en que se tradujeron textos grecorromanos, persas e hindúes. Se comentaron textos grecolatinos de la escuela neoplatónica y aristotélica.

Avicena dejó una copiosa obra. Su obra filosófica maestra es *Al-Sifa* (la Curación), es un compendio de su filosofía, de inspiración fuertemente aristotélica. Uno de sus textos más famosos es *Al Qanun*, canon de medicina también conocido como Canon de Avicena, enciclopedia médica de 14 volúmenes escrita alrededor del año 1020. El Canon se considera uno de los libros más famosos de la historia de la medicina.

En la Edad Media tuvo enorme influencia la llamada *Metafísica de Avicena*, de la que proceden gran parte de las ideas de los escolásticos cristianos. Avicena trata la distinción entre esencia y existencia; introdujo la noción de intencionalidad y dejó una huella hondísima en toda la filosofía posterior, particularmente en Santo Tomás de Aquino.

Avicena pertenece a la escuela de Bagdad. Su línea principal de actuación se basa en la conciliación entre el discurso racional y la religión. Para explicar la realidad, Avicena adopta un sistema emanatista, propio del neoplatonismo. En cuanto al conocimiento recoge de la tradición naturalista aristotélica: distingue entre sensación, imaginación, intelecto posible e intelecto agente, que se corresponde a una gradación desde la primera abstracción posible, seguida por las ideas particulares no sensibles, y que culmina en las ideas generales. Adapta la separación de Aristóteles entre el intelecto posible (paciente, pasivo), y el intelecto agente (activo), y hace una interpretación más espiritualista.

Avicena es especialmente relevante en la historia de la filosofía por haber facilitado la lectura de Aristóteles a los escolásticos.

Averroes (1126-1198)

Desde el siglo X al XIII, la España árabe es un importante centro intelectual. El núcleo capital de este florecimiento está en Córdoba. Cuando la filosofía oriental entra en decadencia, en España adquiere un gran auge y significa la continuación de la que culmina en Avicena. En el siglo XI y en todo el siglo XII van apareciendo en Occidente grandes pensadores musulmanes: Avempace, muerto en 1138; Aben Tofail (1100-1185), pero el más famoso será Averroes.

Nació en Córdoba, Al-Ándalus y fue un filósofo y médico andalusí musulmán, maestro de filosofía y leyes islámicas, matemáticas, astronomía y medicina. Proviene de una familia de estudiosos de derecho y tuvo el cargo de juez. Sirvió en las cortes de Sevilla, Córdoba y Marruecos durante su carrera.

Averroes escribió comentarios sobre la obra de Aristóteles; de ahí que fue conocido como "el Comentador" por excelencia en toda la Edad Media. En su obra *Refutación de la refutación* defiende la filosofía aristotélica frente a las afirmaciones de Al-Ghazali de que la filosofía estaría en contradicción con la religión y sería, por lo tanto, una afrenta a las enseñanzas del islam. Jacob Anatoli tradujo sus obras del árabe al hebreo durante el siglo XIII.

Muchas de sus obras de lógica y metafísica se han perdido definitivamente como consecuencia de la censura. Gran parte de su obra solo ha podido sobrevivir a través de traducciones en hebreo y latín, y no en su original árabe.

En Occidente, Averroes fue conocido por sus extensos comentarios sobre Aristóteles. Sus pensamientos generaron controversias en la cristiandad latina y desencadenaron un movimiento filosófico llamado averroísmo basado en sus escritos.

La teoría de Averroes sobre la unidad del intelecto se convirtió en una de las doctrinas averroístas más conocidas y controvertidas. Según Averroes, el intelecto humano es una forma inmaterial, eterna y única; es la última de las inteligencias planetarias y una sola para toda la especie; es, por tanto, impersonal. Los diferentes tipos de unión del hombre con el intelecto universal determinan las diferentes clases de conocimiento. La conciencia individual se desvanece; solo permanece la específica. Niega la inmortalidad personal; solo perdura el intelecto único de la especie. El mundo es eterno, así como la materia y el movimiento. La eternidad del movimiento y la unidad del intelecto humano son los dos puntos en que aparece el averroísmo latino en el seno de la filosofía occidental.

El Corán tiene diversos sentidos, según la profundidad con que se lo interpreta; de ahí que sirva para todos los hombres. Es la teoría de la *dobles verdad* de Averroes: una cosa puede ser verdadera en teología y falsa en filosofía, o a la inversa. Esta fue la idea dominante en el averroísmo latino.

Sus obras fueron condenadas por la Iglesia Católica en 1270 y 1277. Aunque debilitado por las refutaciones de Tomás de Aquino, el averroísmo latino continuó atrayendo seguidores hasta el siglo XVI.

LA FILOSOFÍA JUDÍA

La filosofía judía se desarrolla en la Edad Media bajo el influjo de los árabes, especialmente en España. Los siglos XI y XII son los de su mayor florecimiento. Se asemeja a la filosofía árabe, de la que procede y aporta elementos neoplatónicos y místicos de la Cábala. Al igual que los árabes, los judíos tratan de hacer una escolástica hebrea, su filosofía está unida a las cuestiones teológicas.

Avicibrón (1020-1058)

Salomón ibn Gabirol, también conocido como Avicibrón o Avicibrón (sobre todo en latín), fue un filósofo y poeta hispanojudío nacido en Málaga.

Probablemente haya sido el más grande neoplatónico de la tradición filosófica medieval árabe, y posiblemente también el más grande poeta medieval hebreo. Avicbrón está muy influido por el neoplatonismo.

Fue conocido entre los cristianos por su *Fons vitae*. Esta obra adopta la forma de un diálogo, entre un maestro y su discípulo. La tesis más famosa de Avicbrón es la de que el alma está compuesta de potencia y acto; por tanto, es material, aunque no forzosamente corporal.

Pero la máxima figura de la filosofía hebrea es Maimónides.

Maimónides (1135-1204)

Moisés ben Maimón, más conocido como Maimónides, judío sefardí nacido en Córdoba, como Averroes, su contemporáneo musulmán. Maimónides es considerado uno de los mayores estudiosos de la Torá en época medieval. Conocido en el judaísmo, y por tanto en hebreo, por el acrónimo Rambam (רמב"ם), ejerció de médico, filósofo, astrónomo y rabino en al-Ándalus, Marruecos y Egipto.

Su obra principal es *Guía de perplejos* (*Dux perplexorum*), no de *descarriados* como ha solido traducirse. Su propósito es el de armonizar la filosofía aristotélica con la religión judaica. Es un Suma de escolástica judía.

El objeto supremo de la religión y de la filosofía es el conocimiento de Dios. Hay que poner de acuerdos los principios y resultados de la teología y de la filosofía. Los *perplejos* está dudosos acerca del modo de cómo hacer compatibles las dos cosas. Esta perplejidad es una indecisión y no un extravío.

Maimónides discrepa de Averroes varios puntos. No interpreta la Biblia alegóricamente, aunque admite interpretaciones que tengan en cuenta las certidumbres de la filosofía y no se guíen solo por el literalismo. Pero la filosofía de Maimónides no fue aceptada sin reparos por los teólogos judíos.

La teología de Maimónides se caracteriza por las definiciones negativas: se puede decir de Dios lo que no es, pero nunca lo que es. Dios es inaccesible en su esencia, pero no así sus efectos. Dios es providente y se ocupa de la totalidad de las cosas.

Para Maimónides, como para Averroes, el intelecto humano es único y separado. El individuo posee un intelecto pasivo, y mediante el intelecto agente se forma en el hombre un *intelecto adquirido*, que después de la muerte se va a unir con el intelecto agente.

Maimónides ha influido mucho en las ideas del también judío Spinoza.

Los tres grandes representantes de la filosofía árabe y judía, Avicena, Averroes y Maimónides son importantes, aunque menos por su interés propio como por lo que han influido en el alcance metafísico y teológico de los grandes pensadores cristianos medievales. Tuvieron la ventaja de conocer a Aristóteles un siglo antes que los pensadores cristianos.

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) – 2022 – Alle Rechte vorbehalten